

*flechas de obsidiana*  
selección de textos

Paola Medina

*Para ti que abriste tu escucha hoy.*

*Para todas las mujeres, disidencias y cuerpos rebeldes  
que escribiendo se hacen (y nos hacen) sitio.*

## *flechas de obsidiana*

Lectura de poesía en voz alta  
26 de marzo de 2022  
La Calera, Xalapa.

1

Xalapeña

2

Fiona

3

Servicio al cliente

4

Sueño que a mis orejas les crecen dientes

5

Pensamiento pulmonar

6

Furia digna

7

Prefiero morirme pariendo

8

Mujer cocodrilo

## I. Xalapeña (septiembre, 2020)

Abro pregunta a las xalapeñas sobre cómo creen que nos altere en el cariño vivir siempre empapadas y con los clósets y con los huesos llenos de humedad.

Abro pregunta sobre cómo amamos las xalapeñas con estas mañas de dejar nuestro moho y nuestro liquen plagando para siempre las casas que abandonamos.

Siempre dejando rastros;

siempre ahí,

siempre necias como solo saben ser necias las fantasmas que ni la muerte las convenció de tirar la toalla e irse por las buenas.

Xalapeñas dejando pestañas en almohadas ajenas, como colonizando hasta los sueños de sus pobres víctimas.

Xalapeñas “olvidando” un arete al fondo del cajón de tus calcetines para que el día menos esperado...

itras!

la imagen de nosotras como spam en la memoria.

Impávidas esporas verdes y diminutas que se divierten provocando asma, alergias, gastos de mantenimiento a mortificadxs amantes cuyo único pecado fue querer despedirse. No nos vamos y no nos vamos porque nos gusta insistir con nuestros cuerpos como invernaderos andantes, fracturando el pavimento al germinar, brotando de cualquier cicatriz, de cualquier boca entreabierta. Con inocencia, ahogando cactus y suculentas porque les llovimos o les lloramos de más; constantemente llenando de flora, fauna y fungi cualquier cosa que se abandona en la alacena por más de unos días o en el armario durante la época de lluvias, que son...

todas.

Nos encanta el drama que se manifiesta quieto como las burbujas que les salen a las paredes y las manchas oscuras en el techo.

El drama discreto,  
el drama elegante,  
el drama en su justa medida.

Nos fascina el escándalo de vivir así: como peste, como aguacero de esos que caen de lado y que vuelven inútil todo mecanismo, llámese techo, puerta, ventana, lona, impermeable o sombrilla, diseñado para mantener el agua fuera. Como peste, como humedad, atacadas de la risa por tu fútil intento de deshacerte de nosotras con remedios caseros y bolsitas de naftalina.

Son esas revoluciones fúngicas, esas revoluciones de termitas... tan lentas, tan falsamente inofensivas, por las que todos deberían aterrorizarse. Las que, de hecho, destruyen bibliotecas enteras, edificios completitos... las que arrebatan a los cuerpos de salud.

La revolución de la permanencia,  
de la insistencia,  
del parásito.

Tu crees que nos hemos ido, que partimos hace

2

o

10

o

40

años, pero es que no nos fuimos nunca:

mira debajo de tu cama,  
mira tus botas de cuero,  
mira la madera del comedor.

No nos fuimos nunca, no supimos cómo hacerlo.

## 2. Fiona (marzo, 2022)

Blusa de seda azul con escote pronunciado, la cabeza rapada y los ojos claros y firmes, decorados con una sombra morada y metálica en los párpados. Me dio un beso, puso sus manos en mi cintura y sus pulgares justo aquí: en los bordes de las costillas que sobresalen un poquito del abdomen, como hallando la cima perfecta para montar un picnic en mantelito de cuadros rojos o una bandera de “yo estuve aquí”.

La piel no es solo el órgano más grande, sino el más comunicante también. El aparato fonador se queda corto en comparación con todo *esto*. Hay tanta tela de dónde cortar. La piel como cualquier tejido tiene huecos, tiene espacios diminutos de entrada y salida. Micro entradas con micro puertas con micro manijas con micro tapetitos de bienvenida. Si cada uno de esos accesos pudieran controlarse a voluntad, a todos ellos les hubiera puesto un portero chiquitito vestido de frac para que le abrieran el paso haciendo una pequeña reverencia y aventándole flores. Hubiera querido que los micro porteritos sostuvieran con sus micro manitas sus pulgares de uñas cortas justo allí en mis costillas, por un par de días (cuando menos) esperando que ese fuera un lenguaje comprensible para ella.

No sé que me hubiera dicho su piel en respuesta.

La piel es el órgano más comunicante, pero habla un idioma imposible de traducir a nuestras lógicas alfabéticas. Se comunica de otras maneras, responde a sus propios intereses. Quizá el día en que nos pongamos a estudiar con la seriedad debida el lenguaje de los tejidos otra cosa será. Quizá el día que el gobierno mexicano destine un presupuesto digno para la creación del Instituto de Investigaciones Comunico – Poéticas Epidérmicas de la UNAM, otra cosa será y yo podré entender porqué sus dedos no se quedaron en ese picnic del tacto conmigo, porqué los micro porteritos no pudieron anclarse con la fuerza suficiente.

Quizá si cerráramos la boca, abandonáramos el texto y nos concentráramos en hablar con fluidez el lenguaje de las pieles sabríamos mucho más sobre nuestra relación con... bueno, con todo: con el territorio, con el clima, con el tiempo, con les demás. Sabríamos mucho más sobre nuestras pasiones y nuestras heridas, para multiplicar las primeras y sanar las segundas. Si pudiéramos prescindir de la oralidad e ir directo a la cercanía; otras historias estaríamos contando, otro tipo de literatura.

La palabra es peligrosa cuando se avienta como piedra y se esconde la mano; es peligrosa cuando se olvida que pegada a la palabra hay un remitente con lengua y nombre y apellido y responsabilidad (que es la habilidad de responder). El lenguaje de las pieles acabaría por fin con la plaga de palabras sin cuerpo que nos acecha hoy: palabras que se avientan sin reparos, como viendo a qué le atino, importándome poco a qué le di o qué firme. En el lenguaje de las pieles sería imposible tal ausencia tibia de compromiso porque habría un rostro de frente; un rostro al cuál interrogarle la franqueza de lo que se dice.

Mientras tanto, mientras tanto, mientras tanto y regresando a la que me hizo pensar en la dermatología como campo de estudio que bien podría integrarse a la poesía; porque yo empecé esto como una carta de amor y luego me distraje...

Tantas preguntas corporales, tantas dudas cutáneas, tantas interrogantes que supuran de los poros del papel de china que recubre lo que soy.

¿De qué tamaño son mis espacios intercostales?,  
¿Y qué si ella hubiera presionado con más fuerza?,  
¿Pueden los pulgares hacer hendiduras en los huesos si se pide con  
gentileza?

¿Si no somos más que coladeras andantes, mantas permeables,  
textiles abiertos, existe tal cosa como una distancia entre nosotras?

En su sombra metálica se derretían las pocas luces del lugar y yo seguí bailando con dos foquitos prendidos en forma de huellas dactilares, como alumbrando el ombligo; iluminando la necesidad de un lenguaje de las pieles, o cuando menos, de una oportuna traducción.

### 3. Servicio al cliente (mayo, 2021)

Quizá Vincent se cortó la oreja porque estaba hastiado de que otro amado o amada, o el tonto de Gauguin le dijera por milésima cuarta vez

“te quiero porque me escuchas”.

La frontera entre la escucha como acto de ternura y la escucha como servicio al cliente es una de las pocas fronteras en las que sí creo. Considerando su longitud kilométrica hay que reconocer que es de idiotas y Narcisos no poder verla mientras se camina plácido por el terreno de la conversación... y yo no sé si abundan o soy particularmente afortunada de encontrarme a tantos en el camino. Qué-talento-tengo para enredarme con gente con astigmatismo severo que me encuentra cara de buzón de quejas, de call center, de psicoanalista, de diario, de bitácora, de sacerdote en confesionario, de bodega de tiliches, de camión de basura, de recipiente, de tupper.

No se enamoran de mí, sino de su propia voz que rebota en las fosas de mis orejas y vuelve a ellos como eco. Embriagados de sí mismos, me quieren en mi cálido vacío, me desean como fondo musical del monólogo de su existencia. Soy un éxito, queridxs, y ustedes pueden serlo también. Pongan en su bio de Tinder, tomen nota, les espero:

*“Personificación sensual de musiquita de elevador, preciosa playlist de bossa nova para amenizar tus discursos, risas grabadas para tus mejores chistes, guapo. Hombro para llorar, hombro para que poses tu brazo y no te canses de sostener el tremendo peso que tienen todas y cada una de tus palabras. Perfectamente ensayada carita de asombro, perfectamente coordinados asentimientos con la cabeza; relucientes y lustradas palabras de confirmación: ‘justo’, ‘claro’, ‘totalmente ino?’, ‘qué interesante... qué interesante’. De voz dulce que escucharás poco porque todas sus angustias irán a parar con sus amigas o con su madre o con cualquier otro pobre diablo. Estoy ansiosa por conocerte y que tú no me conozcas jamás. Llámame.”*



Vincent se cortó la oreja por otras razones, complejas y turbulentas en sí mismas, pero yo estuve muy cerca de cortármelas también por hacer lo que fuera para renunciar a esa chamba no pagada de vitrina en la que te despliegas. Me niego a ser tu aparador y me escapo tan frenéticamente de ese papel, de esa botarga ridícula que me he puesto tantas veces, que el viento me impide escuchar como llamas mi nombre,

(extrañada estoy que si quiera lo recuerdes).

Corro de ti,  
corro de tus vibraciones sonoras que,  
en vez de retumbarme el corazón, me lo paralizan.  
Corro de tu astigmatismo  
y de tu protagonismo  
y del fauvismo de Gauguin  
y de los sismos trepidatorios que provocas  
con la torpeza de tu repetitivo balbuceo.

Que todas las presas políticas que viven encerradas en la cárcel del discurso infinito de quienes aman encuentren voluntad fuga, voluntad de renunciar al call center. Hay un horizonte suave allá fuera, allá donde lo que se escucha es la insurgencia de lo mutuo y de lo justo, y no la demanda de hacerse diminuta; de ocupar tan solo una esquinita de nuestras propias casas (!), de borrarlos hasta el aroma para que los grandes oradores quepan, quepan con todas sus declamaciones y sus brindis, con todos los gestos de sus manos que se extienden como las de un dictador parado frente a su pueblo.

Hablando creamos mundo,  
escuchando aceptamos que dicho mundo se instaure  
– por lo menos en ese instante – en nuestros cuerpos...

¿a cuántos asentimientos con la cabeza estás de volverte loca?,

loca de tanto mundo ajeno, de tanto universo invasivo... de esa infinidad de mundos que no autorizaste  
y que de todas formas están construyéndose,  
sin detenerse,  
con maquinaria pesada  
sobre tu espalda,  
a la izquierda de tu hígado  
y entre los dedos de tus pies.

#### 4. Sueño que a mis orejas les crecen dientes

(junio, 2021)

Heredamos / se nos impuso / llegó un modelo donde poner  
tabiques de realidad se ve así:

palabras,  
palabras,  
palabras,  
consonantes,  
vocales,  
palabras vocales,  
personas vocales,  
boconas,

megáfono para la palabra y para los bocones.

*“En el principio era el verbo”*

En el principio, hacer existir con la voz... ¡la voz!  
El regalo más grande heredado de padres a hijos. Heredando así la  
conquista de la palabra  
en esta casa,  
en este pueblo,  
en este país,  
en esta configuración de mundo.  
A nosotres, gran marea de cuerpos otros, se nos heredaban más  
bien aretes y pendientes,  
para escucharlos mejor;  
para adornar tu silencio, mami.

En occidente, el discurso público no fue originalmente pensado  
para nuestros decibeles; creían, incluso, que nuestro timbre y  
entonación podría subvertir la estabilidad y la salud de todo el  
Estado. Que los íbamos a volver locos, marinos que se arrojan por  
la borda siguiendo el canto de las sirenas.

Y entonces...

Ellas, esos: las orejas obedientes.  
La imposibilidad de cerrarle la puerta a nadie,  
la imposibilidad de filtrar nada,  
el mandato de ser porosa,  
esencialmente porosa.

Ha sido muy larga nuestra pugna por la palabra.  
Siglos y siglos de pelear por el estrado, por el altavoz, por la  
opinión en clase, por la siguiente rola en el karaoke, por el discurso  
presidencial; y vivir en tensión es vivir cansado. La pugna por la  
palabra por un lado y la que sacude la tradición del  
silencio por el otro, porque es allí donde se había morado tanto  
tiempo.

Lavándola,  
secándola,  
planchándola,  
doblándola,  
usándola,  
ensuciándola,  
lavándola,  
secándola,  
planchándola

porque hay que estar atenta a cuando llora el niño, cuando algo le  
habrá pasado a la vecina porque ya no canta en las mañanas,  
cuando hay que guardar las confianzas de todos los patrones y  
todas las amantes, de las abuelas y las hermanas adolescentes.

Pareciera que callo para salvarme la vida y escucho para salvarles la  
vida a otros. Pareciera que la pugna por la palabra sucede dentro  
de la entraña misma y entonces a la vez gano y a la vez pierdo si  
quiero salvarme y salvarnos la vida. De repente, ya no quiero seguir  
jugando al Gran Narrador, si hay que alinearse a las reglas de  
aquellos, no lo quiero.

Intento imaginar cómo se vería armar el silencio, cargando las  
orejas de rabia.

Porque ya no quiero hablar más,  
ya no quiero reclamar,  
ya no quiero salir a la calle,  
ni rasgarme la garganta a gritos,  
ya no quiero pelearme con bocones de vocales que hacen cosas;  
porque ya no quiero fingir que les creo que desean saber lo que  
tengo que decir.

Quiero ser un líquen silencioso en silenciosa revolución. Pudriendo  
la casa desde la raíz y contigo adentro; si la violencia con v de voz  
no está reservada para mí:

armar el silencio, cargar las orejas de rabia.

Las mujeres espías se escribían los secretos que robaban dentro del vendaje de un supuesto brazo roto, se los tatuaban con henna en la espalda. Ellas, maestras en el arte del hurto de las palabras, descriptaban códigos con las matemáticas y con el cuerpo: lindos espectáculos de hipnosis pura.

*“Queens of the spy world whose intrigues sway the fate of nations” “Reinas del mundo del espionaje cuyas intrigas balancean el futuro de las naciones”,*

declara el encabezado de un periódico inglés del 7 de abril de 1918. Las escuchas humeantes de las informantes y espías en las luchas libertarias de nuestros sures, enviando mensajes escondidos entre naranjas como La Pola. Cuerpos herméticamente callados cuando era necesario, se iban con sus secretos a la cárcel y al cuarto de tortura y a la plaza de ejecución. En sus pequeñas orejas se coleccionaba la información del enemigo y se entregaba con discreción arriesgándolo todo: algunas al mejor postor, otras a la causa del pueblo. La lengua cortada de Micaela nos advierte todavía lo caro que sale no solo hablar cuando no es debido, sino, sobre todo, mantener un silencio que protege. Sobre infiltrarse quedito al ojo del huracán empujada por la esperanza.

¿Cómo ejercer de espía en la cotidianidad absurda que está cruzando el umbral de la puerta?,  
¿Cómo volverse una revuelta de secretarias y asistentes personales que acumulan confidencias de sus superiores para subvertir todas las oficinas de este planeta de oficinas? Un gran organismo vivo de martillos, yunques y estribos coordinados: la escucha de la estilista, del taxista y de la niña tímida, de la terapeuta y del de la barra del bar.

¿Al servicio de qué vamos a poner nuestros silencios que de todas formas se llevan a cuestras?  
Les pregunto y me pregunto cómo mi modo de espionar, atender, absorber y callar puede “balancear el futuro de las naciones” también.

Parece que hacer cosas con palabras no alcanza más.

¿Y ahora?

Decido que en una vida anterior fui espía también. Les pregunto y me pregunto cómo podría trazar un regreso a aquella versión de mí. ¿A qué dedica sus días una artista tan tacaña con su hablar que su hacer consiste exclusivamente en pausas?, ¿cómo se vive de volverse tan porosa?, ¿no es esta pieza una enorme contradicción? Puede que ahora no sea el momento todavía, quizá aun no estoy lista. Puede que envejecer no sea más que aprender a resistir así: como humedad, pudriendo la casa desde la raíz y contigo adentro.

Callando también se amasa sentido, se dibujan geografías y se echan redes al mar. La escucha no es igual a cero; es un estar tan potente y circular que por poco nos desintegra del esfuerzo que nos pide. Habría que entrenarla, mandarla a un curso intensivo de artes marciales... porque ellos, los que persiguen, lo han hecho ya. Han vuelto su oír vigilancia, acecho y castigo. Nos han llenado de micrófonos el departamento y esperan detrás de las paredes a que cometamos un error.

Estrategias en tiempos del secuestro de las estrategias.  
¿qué nos queda sino probar?

Para mis amigas: orejas hospital, orejas hostel, orejas hospicio con camas tendidas.

Para mis hijos que no han nacido o nacieron ya de la panza de otra, mis oídos serán cuna y serán cueva. Cuando me muera, este par de repliegues cutáneos me envolverán como un capullo y por fin se hará la calma. Mi lengua se desprenderá de su sitio, agotada, y se irá a consolar a las amigas que me lloran, recordándoles que tuve voz, que tuve mucho que decir y mucho que no dije, y que, a pesar de su ausencia sonora, a pesar de que nunca cortó el viento de tajo, no hay duda de que existió. De que todo aquello que no dije existió y que se mantendrá como promesa y profecía que algún día habrá de cumplirse, no por mí, pero quizá por otros.

Para mis amigos: orejas hospital, orejas hostel, orejas hospicio con camas tendidas.

Para mis captores, para el que me interrumpe:

Duermo y sueño que a mis orejas les crecen dientes,  
13 en cada una para ser exactas. Como espinas, 13  
dientes blancos, filosos, babeantes, esperan tu  
discurso de mierda. Pacientes, los 26, muy pacientes.  
Sentados a la mesa de la conversación... yo y mis 26  
armas blancas. Esperamos a asentir amablemente,  
seduciéndote con nuestra total disposición.  
Esperamos a que tu voz de vocales boconas crezca y  
crezca, impregnando el aire,apestándolo todo.  
Esperamos a que tu voz se acerque atraída por la  
apertura, por la dulzura de nuestro silencio con olor  
a jazmín al que estás tan acostumbrado.  
Esperaremos la menor distracción para engullirte,  
para succionar tu voz primero y tu cuerpo después,  
haciéndolo trizas, masticando todas y cada una de  
tus brutas consonantes. Bestias de oídos mordelones:  
nos deseo capaces de torcer y desbaratar las  
palabras balas que nos llueven, las palabras heladas  
que nos cuadran, las que nos nombran con otros  
nombres que no son los nuestros.  
Duermo y sueño que el silencio ponzoñoso nos sube  
por la garganta y nos escurre de los labios.  
Despierto. Despierto y decoro mis nuevas orejas  
dentadas con envenenadas flechas de obsidiana.

## 5. Pensamiento pulmonar (marzo, 2022)

Antes del advenimiento de la metafísica y de Platón y su pandilla, para las culturas antiguas era mucho más natural creer que el pensamiento se hacía con los pulmones y no con la cabeza. Se pensaba con los pulmones porque se pensaba desde el hablar: poco se ponía atención al filosofeo “silencioso”, sino que el verdadero pensamiento era el ejercido vocalmente, en conversación. ¿Y de dónde viene la voz? de la exhalación, del aliento, de los fluidos internos, del aire caliente y húmedo que se sabe proviene de la cavidad torácica. El razonamiento es infalible, la producción de “logos”, se hacía con el aparato respiratorio:

se pensaba con los pulmones.

Y yo lo creo; no me va que en el cerebro suceda todo eso que dicen que sucede. Leer en voz alta lo que escribo es una forma de evidenciar cómo es que los procesos cognitivos de conexiones suceden acá, en el pecho, de donde viene la materia prima de mi voz que es el aire que exhalo por la boca añadiéndole vibraciones y modulaciones al salir. Pienso desde aquí, y cuando las palabras están atoradas intento toser o dar pequeñas percusiones en el esternón intentando liberarlas.

*Hagámoslo juntas:*

*dedo medio de su mano dominante, justo abajo del huequito que se hace entre las clavículas. Ahí damos percusiones, relajando la mandíbula, cerrando los ojos quizá o descansando la mirada en un punto del horizonte; ahí damos percusiones para abrir el canal de salida del logos que nace en el tórax... Mejor, ¿no?*

Pienso desde aquí, y por eso cuando estamos enamorados y nos transformamos en fábricas de suspiros, podemos escribir con el frenesí de una receta médica: más aire entra, más aire sale – y sale con sensualidad –, más se nos infla el pecho, más espacio en los huesos para resonar, más circulación de aliento, más materia prima, más producción de palabra, más producción de escritura. Simple.

*Hagámoslo juntas:*

*tomamos aire por la boca y lo llevamos al corazón, alzamos los hombros, y lo sacamos con ojos de tontas... Mejor, ¿no?*

Si se piensa con los pulmones, se escribe así también. Escribir no es más que dejar un rastro del pensamiento, es seguirle el paso, ponerle lodo en los zapatos para ver por dónde anduvo.

*Hagámoslo juntas:*

*cierra los ojos y llévalos hacia adentro, hacia la nariz, luego hacia la laringe, hacia la tráquea, los bronquios y los alveolos. Cuando estés allí observa qué palabras se están produciendo, qué letras, qué imágenes ves. En cuanto encuentres una que se vea con nitidez... síguela; no la pierdas de vista y muévete rápido porque en ese estado de semi existencia son muy escurridizas. Síguela hasta que veas que se conecta con otra, ¿qué dice ahora? Teniendo dos es más fácil corretearlas porque se toman de la mano y siempre es más complejo correr con alguien pegado, así que ahora rastréalas con cautela para no espantarlas. ¿Ya se juntaron con una tercera?... no sé que está pasando allí dentro, en el calor del nido de tu lenguaje; pero quizá ahora, tengas algo como “cansancio, sábadado, frío” o algo un poco más particular como “pulpo, zafiro, amargo”, quizá alguien con más prisa y más angustias haya logrado juntar ya más de tres palabras y tenga más bien un “María no me llama”. Les invito a que escriban esas tres palabras en algún lugar, y más tarde, con menos ruido... averigüen qué pasa si continúan persiguiendo esa cadenita de pensamiento pulmonar.*

Con la práctica suficiente no tendrás que meter los ojos tan profundo cada vez, ni suspirar como locomotora, o hacer vibrar al esternón. Con el vicio suficiente, el aliento apalabrado te saldrá a borbotones y no tendrás más que atraparlo y cosechar.

Regresemos la escritura a donde pertenece.

Regresemos la poesía a donde pertenece.

Porque no está en la imprenta, ni en la Academia con A mayúscula, ni en las lecturas en voz alta de artistas pretenciosas. La poesía está en pescar letra por letra, con los ojos volteados pa'dentro, buscando pistas en tu química sanguínea, en tu sistema de ventilación. Buscando pistas de lo que te mantiene alerta, borracha, de pie; pistas que desestabilicen lo que creías que eras, que te atropellen esa narrativa que repites de ti misma como máquina contestadora una y otra vez: pistas que te metan en problemas.

Escribir es nadar hasta dejar de ver la orilla... y el pensamiento pulmonar, en medio del océano, lo único que te va a mantener a flote.



## 6. Furia digna (agosto, 2019)

Una piedra atraviesa una puerta de cristal que se rompe en mil pedazos. Fragmentos diminutos de vidrio azulado caen al suelo al ritmo de tambores y gritos de euforia. La dueña de una de las voces que forman parte del tumulto entra corriendo y con una lata de aerosol grafito algo en el inmueble que acaba de irrumpir por la fuerza. En el video sus palabras son ilegibles, pero estoy segura de que ese texto es mucho más importante que todo lo que yo haya escrito antes y escribiré jamás... ¿alguna vez han escrito algo en un intento desesperado de salvar su vida y la de las hijas que aún no tienen?

Tenemos el derecho a escupir esta rabia que ahoga. Tenemos el derecho de hacer de la ciudad un nuevo museo vivo, donde lo roto y lo pintado sea el relato de esta furia digna y corrosiva que nubla los sentidos y desborda los afectos. Tenemos el derecho a encarnar el odio que nos siembran desde niñas y que nos cultivan con saña al reducir nuestra existencia a decorativos y desechables objetos de consumo. Tenemos el derecho de habitar nuestros territorios como se habita una página en blanco, y tenemos la obligación de escribir una historia donde no volvamos a ser nunca más diminutas notas al pie, daños colaterales y cifras que no sangran. Parece que todo esto lo han olvidado... ¿dónde estaban?, ¿cómo pueden desentenderse de la ancestral narrativa que nos envuelve y jurar que ustedes no han jugado? Todos hemos jugado, acá nadie está de banca: háganse cargo.

Las hijas que aún no tengo tienen nombres que yo me inventé, tienen mis ojos cansados y las cejas de su abuela; tienen las piernas fuertes y el cabello enredado en un montón de planes maravillosos que no sueltan hasta haberlos cumplido. Las hijas que aún no tengo son monarcas de sus cuerpos y caminan por la calle con tanta fuerza que sus pies se escuchan del otro lado del mundo. Las hijas que aún no tengo, no van a temer como temí yo.

Ellas ya no sabrán distinguir del todo entre ellas mismas y su compañera de al lado, sentirán cómo sus manos no son más que una extensión de las manos de la otra. Nuestros hijos serán de sensibilidad líquida, pieles permeables y oídos atentos; ya verán. Quizá ellas, después de todo, en su invencible ternura, sepan perdonar. Quizá ellas, algún día, me convenzan a mí de perdonar. Quisiera que mis hijas heredaran mis ojos, pero mi odio no. Qué inmensas ganas de cortar la historia de tajo y volver a empezar de cero, cuando la diplomacia aún parecía una opción factible.

Mientras el futuro y la paz nos alcanzan, yo no les perdono absolutamente nada. Por mí que las calles tiemblen y se incendien, que el fuego limpie lo que tenga que limpiar. Estoy profundamente cansada de esperar por el día en que quienes nos dañaron tengan tanto miedo de nosotras como nosotras tuvimos de ellos: por mí, que se les desbaraten las piernas de tanto correr. Mientras la reconciliación nos alcanza, abrazo a todes les que duelen conmigo. Les abrazo y me ofrezco a cargar su odio para que puedan descansar un rato.

Una puerta de cristal se desintegra en el aire con un alarido de júbilo y en algún lugar de este podrido país nace una niña con un nombre nuevo. Su primer llanto, el mío y el de la puerta de cristal viajan juntos y vivirán para siempre; las palabras ilegibles en el vestíbulo de la Procuraduría General de Justicia serán su imborrable acta de nacimiento.

Acá te cuidamos, nena.  
Aquí estamos.

## 7. Prefiero morirme pariendo (marzo, 2022)

El futuro es de quien lo imagina  
De quien se embaraza de futuro  
y lo gesta  
y lo pare  
y lo nombra  
y lo arrulla con canciones de luna.

Si es una imprudencia tener hijos *por cómo están las cosas*,  
figúrense el valor que hay que tener para parir futuros.  
Y yo quiero tener trillizos,  
quiero andar con una carriola ridícula paseando  
a todos mis futuros.  
Estoy dispuesta  
a pagar tres colegiaturas,  
tres listas de útiles,  
tres uniformes.  
La maternidad de futuros será deseada o no será  
y yo la deseo.  
La deseo porque es eso o morir por pura inercia.  
Aceptar el cronograma de viaje de cualquier imbécil  
que llega a político  
o a celebridad  
o a genio  
o a empresario  
o a narco  
que de repente ya parecen lo mismo

Mírenme,  
mírenme bien.  
¿Apoco no me vería linda con una panza como planeta?  
¿Apoco no suena bien: Paola Medina, artista visual, orgullosa  
madre soltera de 3 líneas temporales?  
Mírenme,  
mírenme bien,  
que de estas caderas saldrán gateando y dando alaridos las  
esperanzas más necias.  
Que prefiero morirme pariendo  
que, aceptando, por miedo a materner fracasos, contradicciones o  
dolor,  
un paisaje peligro...  
una calle sin salida...  
un oráculo roto...  
una pregunta con una obviedad por respuesta.

## 8. Mujer cocodrilo (noviembre, 2021)

Teniendo a la mano algunas piezas de la colección particular:  
«*Literatura-romántica-contemporánea-instantánea e involuntaria*». Esto dice así:

Antier hubo eclipse, hubo eclipse y no lo vi. Estaba demasiado cansada como para esperarlo, demasiado cansada y sumergida en las sábanas de franela, adentrada casi por completo en una laguna textil grisácea con rombos azules como cocodrilo: con solo media cabeza, dos ojitos semi abiertos y una nariz de fuera. Siempre pienso en ti cuando hay eclipse, pienso en *ti* que no eres más que una anécdota vergonzosa (ni tanto); un contorno con línea punteada que se dibuja alrededor de mi cuerpo enfranelado, una silueta que no coincide con la que ahora deja su mapa de calor sobre el colchón, recordándome que en otro momento fui ligeramente otra cosa. Pienso en *ti*, el objeto de deseo de estas micromicro cartas de amor y ansia y aburrimiento. Me acuerdo de *ti/mi/ella* la que cada tanto intercambia toda su capacidad de querer por un poquito de literatura que ya viéndola de lejos le hace falta un buen editor, un montón de tallero y crítica destructiva.

Me acuerdo de *ti*, pero no te recuerdo ya: no recuerdo cómo te vestías para quitar el sueño como ellos dicen, no puedo imaginarte tendiendo una cama compartida ni mucho menos metiéndote a dormir en una a voluntad; no me acuerdo de cómo te ves cocinándole pasta a la literatura o si alguna vez lo hiciste siquiera. Solo me acuerdo un poquito, quizás, a lo lejos de la memoria, del sonido de tus pasos ágiles ágiles sobre las banquetas irregulares de todos los sitios en que has vivido porque en este país nadie sabe hacer banquetas.

Cuando tú no eras una mujer cocodrilo, sino esa *otra cosa-destinatario*, las banquetas atroces ni te inmutaban, flotabas sobre ellas y cuando el sol te pintaba la cara al pasear por la ciudad tú le dabas las gracias y él te decía “n’ombre a ti”. Me acuerdo apenas del perfume que te ponías para ir a la casa de la literatura, que ni siquiera te gustaba, pero era el que te habían regalado. Cuando hay eclipse pienso en *ti/mi/ella* que en otro tiempo hubiera intercambiado sus mejores sábanas de franela por ver el eclipse con quien se dejara, la verdad, con quien se dejara; por esa luna rojiza que hace dos días pasó afuera de mi ventana – y se quedó tres horas esperándome con serenata – mientras yo decidía apagar las luces y hacerme la dormida esperando que se diera por vencida de una buena vez y se marchara.

La semana pasada me gasté la quincena en un perfume que yo escogí... yo y la señorita de la tienda, claro, porque es sabido que esas decisiones no puedo tomarlas sin que una cómplice desconocida que es amable por comisión me diga lo bien que va el olor a cítricos con mi personalidad que se ve que es bien risueña. Yo le creo, señorita, sí le creo; le creo más a usted que a cualquiera de estos 10 artistas sin nombre. Ya no me muestre más frascos de formas inauditas, véndame ese que huele a mandarinas elegantes, que usted dice que me va a hacer sentir que todo me lo merezco,

que  
todo  
lo  
que  
tocan  
estas  
luces  
fluorescentes  
del  
departamento  
de  
damas  
de  
esta  
tienda,  
valga  
la  
redundancia,  
departamental

podría ser mío si tan solo tuviera la sensatez de comprarme \*este\* perfume y ser la femme fatale sin quincena, pero radiante que tengo la potencia de ser. Yo le creo, tenga mi sueldo y su comisión y un cumplido sobre sus uñas rojas. Yo te creo Jaqueline o Janette o Joselyn, no recuerdo ya tu nombre, pero sé que lo leí en tu tarjetita y que cuando me despedí de ti con mi pesada bolsita en la mano derecha y mi raquítica economía en la mano izquierda, te dije por tu nombre y tú me sonreíste con unos ojos muy bonitos debajo de tus pestañas postizas...

parecías orgullosa de mí.

Una cocodrila en cama mira divertida su colección de literatura y se regocija en su propio olor a vitamina C con azahar y jazmín. Lo que sea que Jaqueline le haya vendido está funcionando porque hay un eclipse allá afuera al que no le dará su número para no arriesgarse a seguir recibiendo epístolas de principiantes, un eclipse que no va a conseguir que ella lo cuide ni que le pregunte por su papás como si le importara. Entre tanta risa y tanto aroma

los ojos semiabiertos de la reptil se van cerrando poco a poco, vencidos por el peso de la distancia entre su silueta actual y el contorno que ya no es; vencidos por el peso de los milímetros que separan la línea punteada de una piel de otros tiempos por su ahora recubrimiento de escamas verde esmeralda que huele a laguna, a lentitud, a letargo.

Llevo meses persiguiendo sirenas con mis amigos, entre persiguiendo y siendo sirenas en realidad. Entre el perseguir y el ser, entre el dejarse enamorar y seducir, estoy en una crisis de identidad interesante que me hace caer rendida ante mis propios pies. Mi enamoramiento ególatra disociado me lleva a este lugar de palabra en las profundidades oscuras y plenas muy plenas de unas sábanas y un cuerpo de agua que es mío y que es cierto, que dura más que el eclipse del siglo o un inbox del 2016, que es mío y es cierto muy cierto y que sostiene el tiempo entre las manos con la ternura con la que yo no he sabido sostener a nadie y nadie ha sabido sostenerme a mí.

Antier el eclipse se quedó esperándome como yo esperé tanto tiempo el sentirme así:

cocodrila burlona,  
sirena escurridiza,  
reptil insufrible de azahar y jazmín.

Paola Medina (Xalapa, México. 1996)

Conversadora y artista visual, sus proyectos suelen hacerse preguntas sobre las dimensiones políticas y poéticas de la comunicación humana: explorando el terreno desbordante del habla, las voces, la escucha y la escritura. Sus exposiciones individuales incluyen *Notes On: \_\_\_\_* (2018), en el espacio independiente Punto Seis y *Conversaciones* (2020), en La Nana Laboratorio Urbano de Arte Comprometido; además de haber participado en diversas muestras colectivas a nivel nacional. Ha escrito y autopublicado sus textos *Conversaciones* (2019), *Juana* (2018) y *El Mar de Cholula y sus alrededores* (2019). Ha hecho radio, editado fanzines, impartido clases de arte a adolescentes, asesorado proyectos de artistas emergentes, ganado un par de becas, corregido infinitos textos de todo tipo y cuidado de sus abuelos. Ha fracasado en la cocina, en el ukulele, en el mercado del arte, en las relaciones abiertas y en el atletismo; hasta la fecha sigue intentando todas las anteriores.

**contacto:**

paolamedina.hz@gmail.com  
www.paolamedina.net  
ig: @paola.medina.h